

EUGENIO MONTES

Por BASILIO ALVAREZ

Hoy por hoy, y mano a mano con este filósofo nuestro, creo que sólo podría habérselas D. José Ortega y Gasset.

Confieso que acudí a las oposiciones de la Cátedra de Lógica del Instituto de Barcelona que se celebraban en Madrid, un poco preocupado. Montes, uno de los opositores, entre los dieciseis que actuaban, era, a mi juicio, un literato exquisito, un ensayista concienzudo y un erudito considerable. Pero ni yo lo tenía por un sabio, en la más generosa acepción de esta palabra, ni por el expositor más claro y más ameno que he escuchado en mis largos años de vida. Y todo aquéllo y ésto, es Eugenio Montes. Y, por añadidura, un hombre que en precisión y justeza de vocablos no tiene par en España. No habla: Esculpe. Pero esculpe animando las ideas sutiles, finas, cortantes, con el ropaje de limpiísima sobriedad, que es patrimonio exclusivo de este gran señor del buen gusto, y, además, al espetar el buril sabe dejar en la huella brillantísima el oro en los bordes para que el pensamiento aparezca grabado entre la magnificencia de su decir serenamente elegante. Primeramente escuché la lectura de su ejercicio escrito. Y, entonces, el estilista consumado iba siempre a la vera del hombre de ciencia, pero tan juntos, que no hubo un solo momento, tras el aluvión febril de treinta cuartillas hilvanadas en dos horas de zozobra, en que sufriese un paréntesis el artista o el sabio. Lo mismo podía ir aquella prosa a las antologías por amena y por impecable, que echarse a la calle las ideas contenidas, seguras, de que por su briosa originalidad, cantarían siempre satisfechas al sentirse alumbradas por un pensador tan profundo. Y luego, las imágenes bellísimas donde la gracia y el color triunfaban, y, como contera, una erudición que al provocar el asombro de los que le oíamos, predisponía de paso hacia la simpatía porque ni asomaba el pedante, ni se escuchaba asimismo el hombre, que lleno de modestia, lo exploraba todo con la imperturbable seguridad de quien tiene como familiares todas las cosas que se refieren a esta disciplina.

¡Hay que ver lo dramáticas que son estas oposiciones españolas! En una destartada aula del viejo Instituto de San Isidro, cinco varones, que se le supone entendidos, forman un tribunal. La extraña severidad de sus rostros rima admirablemente con la falta absoluta de ademanes. Mudos, misteriosos como esfinges, nadie inicia un diálogo de esos rápidos, suaves, que se sorprenden en las mismas Audiencias sin rasgar la majestad de la Sala. ¡Ni un gesto, ni el ruido de un mosquito! El público hace lo mismo. Los opositores, los íntimos de los que actúan, dos sacerdotes y tres señoritas de las que van para literatas, a tono con el ambiente, guardan también un silencio profundísimo. Y de pronto, corre por el aula fría un rumor cordial y prolongado, que es un aplauso intelectual que los oyentes lanzan para agradecer al opositor el regalo maravilloso de su lectura. La admiración, apagada, por el respeto que inspiraba la solemnidad, se desborda en palabras sueltas, como chasquidos de elogios, que pugnan por romper la cárcel en donde estaban reconcentrados. ¡El mejor, el mejor! musitan todos.

Ocho días después acudí a presenciar el segundo ejercicio. Éste era oral, y aunque todavía quedaban otros dos, todos estimaban el segundo como decisivo.

Y Montes habló por espacio de una hora desarrollando los cinco temas designados por la suerte. Pero aquí sí que la sorpresa dejó paso al estupor. Cada lección llamaba de firme a nuestros sentidos que embelesados por la magia del expositor, entregábanse a un verdadero arrobamiento.

Su desenfado de maestro, corría parejas con la difícil facilidad del que obliga a las materias más abstrusas a que discurran por cauces donde sólo lo diáfano se destacaba, y si al galopar, animoso, surge Blum o Kant o Adam Smith o Comté, en dos golpes soberbios de cincel, estupendos, que son aguas fuertes soberanas, pasan sus figuras gloriosas sin alijar ninguna carga, ni la de sus grandes defectos. Pero a seguida del análisis sagaz, torna polícromo y caudaloso a continuar el hilo de los temas que agota, más que en fuerza de extensión, en gracia a una jugosidad sintética que parece milagrosa. Y encima, *Los Imponderables*, la lección que todos los opositores habían estimado incontestable, por rara, por desconocida y por extraña, cáele a Montes en suerte. Y hay en el opositor, al salir esta bola, una sonrisa que cabrillea irónica con el humor de su sombra enigmática. Y también este tema, con donosa desenvoltura y con maciza sabiduría, fué desarrollado garbosamente por Montes, y otro rumor triunfal del auditorio coronó su labor deslumbradora. ¡No he oído nada igual!

Porque después, presencié los ejercicios de los otros opositores, catedráticos la mayor parte. Y entre el mejor de ellos y nuestro Montes, había una diferencia de mil codos a favor del ensayista orensano. El mismo Xirau, tumultuoso y difuso, pero colocado encima de varios libros, algunos de positivo valor, el filósofo mimado por los catalanes, el opositor favorito del tribunal, patinó bizarramente mientras el nuestro dejaba una franca sensación de asombro.

Lo malo es que a pretexto de que era la primera oposición que hacía, le hayan dejado sin la cátedra.

Y es que aquí, para ganar una plaza, además de muchos años, hay que tener muchos hijos para echarlos por delante lloriqueando y mostrarse solemnes como los mastodontes antediluvianos. Ahora que yo os digo, y no me queda otra en el cuerpo, que este muchacho barbilampiño, un poco enfermizo y acaso demasiado delgado, que se llama Eugenio Montes, trae dentro de sí un Menéndez Pelayo, para orgullo de Orense. Y sinó, al tiempo.